

Durante la semana de Pascua, un grupo formado por 10 alumnos y 4 profesores del Colegio María Inmaculada de Carcaixent hemos realizado una pequeña experiencia misionera en Larache (Marruecos). Uno de los alumnos nos cuenta su experiencia.

## Larache

Marruecos, un país tan próximo a la vez tan distante. Otra cultura, otra religión, otra lengua,... un nuevo mundo en definitiva era lo que nos esperaba a la otra parte del estrecho. Pero con ganas e ilusión, aunque también con ciertas dudas, nos pusimos rumbo a Larache, donde viviríamos una de las experiencias más fuertes e impactantes en el campo de los sentimientos.

Ahora, una vez vivida la experiencia y apartado de aquel mundo, haciendo una visión más alejada y sosegada es cuando entendemos la magnitud de la vivencia. La verdad es que reflexionándolo con calma, nuestro trabajo allí ha sido insignificante, no hemos solucionado ningún problema relevante y ni hemos cambiado aquello. Analizado fríamente podría pensarse que nuestro esfuerzo, que en un principio parecía colosal y sobrehumano, en realidad no ha servido para mucho. Y en cierta forma es verdad. Pero nuestra misión no era esa, no pretendíamos cambiar el mundo ni salvar a nadie en siete días. Nuestro objetivo era llevar alegría, ilusión y, también, ayuda. Y en este sentido puedo decir que triunfamos. Pensándolo detenidamente creo que fuimos para renovar las fuerzas de los cristianos que allí estaban. Sentir que tenían a alguien al lado, que venían a ayudarles y a apoyarles, incluso después a admirarles,... Con nuestra presencia rejuvenecimos aquella comunidad y creo que dejamos huella con nuestra presencia, ya no por la ayuda material, sino por la fraternal compañía, tan valorada cuando se vive como islas en medio del océano musulmán.

Pero por grandiosa que parezca ahora nuestra cooperación en Larache, la balanza de lo dado y lo recibido se decanta siempre hacia el mismo lado. Pretendíamos ayudar a los necesitados y apoyar a la comunidad cristiana, pero de ambas partes recibimos mucho más de lo que ofrecíamos. En todos y cada uno de los detalles de la vivencia obtuvimos mayor recompensa que la justa:

- Queríamos llevar ilusión, y en cada una de las caras de las personas que allí nos recibieron encontrabas ilusión desbordante, una fuerza y vitalidad difíciles de mantener tras tantos años de trabajo y dedicación. Pero allí hacen lo que les gusta, y eso es suficiente recompensa y ánimo como para seguir adelante. Y por parte de los necesitados comprendimos que, pese a no tener nada, en la mayoría de casos tenían mucho más que nosotros: eran felices con lo que tenían.
- Queríamos transmitirles ganas de trabajar, pero nos sorprendieron con su incansable dedicación por los necesitados.
- Queríamos llevarles cariño fraterno, pero ellos nos trataron como hijos propios.
- Queríamos entregarles parte de nosotros, pero ellos nos lo dieron TODO, aunque fuera un gran sacrificio económico.
- Queríamos brindarles la mano, pero ellos abrieron las puertas de sus casas y de sus corazones.
- Queríamos mostrar espíritu de sacrificio, incluso en las comidas, pero ellos insistieron en darnos lo mejor para que nos sintiéramos como en casa.
- Finalmente quisimos agradecerles toda su amabilidad y acogida, pero ellos agradecieron mucho más nuestra simple presencia.

Queríamos renovar sus fuerzas, aliviar sus penurias,... pero ellos nos abrieron los ojos a un nuevo mundo, otra forma de vida. Nos mostraron de cerca qué es sentirse realmente felices, porque se reflejaba en sus ojos, cansados por su dedicación pero llenos de vitalidad por la satisfacción de la plenitud. Quisimos animarles, y nos encontramos con una comunidad llena de energías y que nos dio multitud de lecciones de esfuerzo, sacrificio y entrega. Admirable su dedicación a la vez que admirable es la humildad con la que valoran su trabajo.

Ahora el trabajo físico queda como algo anecdótico. Atrás quedan los centenares de platos fregados, la “selva” que transformamos en huerto, el caótico trabajo en los comedores,... Ahora resurge el verdadero espíritu de misión al recordar pequeños detalles que configuran la verdadera esencia de lo vivido... Ahora somos concientes de todo lo vivido y aprendido... Ahora toca ser testimonios de aquella realidad pero en nuestro mundo. Es hora de empezar la verdadera misión, porque necesitamos ver lo extremo para ver después los detalles. Ya hemos visto la necesidad, toca hacerle frente. No es necesario irse a Larache.

Podemos ser misioneros en nuestro mundo. También a nuestro lado hay necesitados de todos los tipos, aunque a veces no los veamos.

Sergio Benavent, alias "Luigi"